

En el periódico que compré en el puerto había un artículo sobre una anciana devorada por sus tres gatos. El suceso había ocurrido en una pequeña ciudad de las afueras de Atenas. La fallecida tenía setenta años y llevaba una vida solitaria. Vivía sola con sus tres gatos en un apartamento de una sola habitación. Pero un día, de repente, tuvo un ataque cardíaco, o algo por el estilo, cayó de bruces sobre el sofá y falleció. Se desconoce cuánto tiempo transcurrió entre el momento del desmayo y la hora de la muerte. Pero, por lo visto, no llegó a recobrar el conocimiento. La anciana no tenía ningún amigo o familiar que la visitara con asiduidad, así que tardaron en torno a una semana en descubrir su cadáver.

Tanto la puerta como la ventana estaban cerradas a cal y canto, así que, al morir su dueña, los gatos quedaron encerrados en la habitación sin poder salir. Dentro no había nada de comer. En el frigorífico probablemente debía de haber comida, pero los gatos, por desgracia, son incapaces de abrir la puerta de una nevera. Así pues, los tres gatos, acuciados por un hambre atroz, acabaron devorando la carne de su dueña muerta.

Le leí este artículo a Izumi, que me escuchaba sentada al otro lado de la mesa en la cafetería. Se había convertido en una rutina de nuestra sencilla vida diaria en la isla: caminar hasta el puerto cuando hacía buen tiempo, comprar un periódico en inglés publicado en Atenas, pedir un café en la cafetería de al lado de la oficina de aduanas y traducirle yo a Izumi, a grandes rasgos, algún artículo interesante cuando lo había. Y si el artículo daba lo suficiente de sí, ambos discutíamos luego un rato sobre él. Ella hablaba inglés con fluidez y, de haber querido, habría podido leer el periódico sin mi ayuda. Pero yo no la vi nunca con un periódico en las manos.

—Me gusta que me lean en voz alta —me dijo Izumi—. Sentarme en algún rincón soleado y que, a mi lado, alguien me vaya leyendo algo... Cualquier cosa, no importa qué. Un periódico, un libro de texto, una novela... Y yo ir escuchándolo, inmóvil, mientras miro el cielo o el mar. Éste ha sido mi sueño desde que era pequeña. Pero jamás había encontrado a nadie que lo hiciera realidad. Así que tú, ¿cómo te lo diría?, tú has subsanado esa carencia. Además, tienes una voz muy bonita.

Allí había cielo, había mar. Y, por suerte (condición indispensable), a mí no me molestaba en absoluto hacerlo. En Japón solía leerle cuentos ilustrados a mi hijo. Cuando leía un texto en voz alta, a diferencia de cuando lo seguía con la mirada, brotaba algo dentro de mi cabeza. Algo que poseía una resonancia especial, cierta

turgencia. Algo que me parecía muy hermoso.

Leía el artículo despacio tomando pequeños sorbos del amargo café que había en la tacita. Tras leer unas cuantas líneas hacía una pausa, las traducía del inglés al japonés para mis adentros y, luego, se las leía a Izumi en voz alta. Unas abejas se acercaron y empezaron a libar con laboriosidad la mermelada que el cliente anterior había dejado caer sobre la mesa. Libaban un rato la mermelada y, entonces, como si se acordaran de repente de algo, alzaban el vuelo, revoloteaban por los alrededores con un zumbido solemne y, poco después, como si volvieran a acordarse de algo, se posaban de nuevo súbitamente sobre la mesa.

Cuando terminé de leer el artículo, Izumi continuó en la misma posición, con ambos codos sobre la mesa, inmóvil, esperando a que prosiguiera. Apoyaba la punta de los dedos de la mano derecha en los de la izquierda formando un triángulo. Me puse el periódico sobre las rodillas y me quedé contemplando unos instantes sus diez largos dedos. Izumi me miraba fijamente por el espacio que se abría entre ellos.

—¿Y qué más? —me preguntó.

—Eso es todo —le dije, agarré el periódico y lo doblé en cuatro. Me saqué un pañuelo del bolsillo y me limpié la espuma del café que tenía adherida a los labios—. Al menos aquí no pone nada más.

—¿Y qué crees que habrá sido de los gatos?

Me la quedé mirando y, luego, me guardé el pañuelo en el bolsillo. —Pues no lo sé. Aquí no dice nada sobre eso.

Izumi torció ligeramente los labios hacia un lado. Tenía esa costumbre. Cuando se disponía a dar su opinión sobre algo (la mayoría de las veces, bajo la forma de una breve declaración), siempre fruncía los labios hacia un extremo del rostro como si estuviera alisando las arrugas de una sábana estirando en una sola dirección. Al poco de conocernos, me fascinaba ese gesto.

—Los periódicos en todas partes son iguales. Nunca ponen lo que a uno realmente le interesa saber.

Cogió un cigarrillo de un paquete nuevo de Salem, se lo llevó a los labios y lo encendió con una cerilla. Ella fumaba una cajetilla diaria. Por la mañana empezaba una nueva y la iba consumiendo a lo largo del día. Yo no fumo. Mi mujer me obligó a dejarlo hace cinco años, cuando estaba embarazada.

—Lo que a mí me gustaría saber —dijo ella tras exhalar en silencio una bocanada de humo que se quedó suspendida en el aire—, es qué les ha sucedido a esos gatos. Si los

han matado por el hecho de haber comido carne humana. O si les han acariciado la cabeza diciéndoles: «¡Pobrecillos! Para vosotros también habrá sido espantoso», y los han absuelto. ¿A ti qué te parece?

Reflexioné sobre ello mientras contemplaba las abejas que había encima de la mesa. La imagen de las diligentes abejas libando sin tregua la mermelada se superpuso dentro de mi cabeza a la de los tres gatos que devoraban el cadáver de la anciana. A lo lejos se oyó el chillido de una gaviota que solapó el zumbido de las abejas. Por unos segundos, mi conciencia vagó por la frontera entre lo real y lo irreal. ¿Dónde estaba yo en aquellos momentos? ¿Y qué estaba haciendo? Experimenté serias dificultades para comprenderlo. Respiré hondo, contemplé el cielo y, luego, dirigí los ojos hacia Izumi.

—No tengo la menor idea.

—Piénsalo un poco. Si tú fueras el alcalde de esa ciudad, o el jefe de policía, ¿qué harías con los gatos?

—Los metería en un reformatorio. Y haría que se volvieran vegetarianos — dije.

Izumi no se rio. Dio una calada a su cigarrillo y, luego, exhaló el humo despacio.

—A mí todo eso me recuerda a una parábola que me contaron al empezar secundaria. Ya te lo había dicho, ¿verdad? ¿Que fui durante seis años a una escuela católica terriblemente estricta? La enseñanza primaria la cursé en la escuela del barrio, pero, a partir de secundaria, estudié allí. Justo después de la ceremonia de ingreso venía el cuento moral. La madre superiora nos reunió a todas las nuevas, se subió al púlpito y nos aleccionó en la doctrina católica. Nos contó varias parábolas, pero la que recuerdo mejor... En realidad, la única de la que me acuerdo... es la historia del naufragio que va a parar, junto con un gato, a una isla desierta.

—¡Vaya! Parece interesante -dije.

—Tu barco naufraga y tú llegas a una isla desierta. En el bote sólo estáis tú y el gato. En la isla no hay nada comestible. Y en el bote sólo hay agua y galletas para que una persona pueda subsistir durante diez días. En esto consistía la historia. Entonces la monja nos hacía la siguiente pregunta: «Niñas, imaginaos que os encontráis en esta situación. Cerrad los ojos y representaos la imagen. Estáis con un gato en una isla desierta. Casi no tenéis comida. Cuando se termine, moriréis. ¿Entendido? Tenéis hambre, tenéis sed y vais a morir. ¿Qué haríais vosotras? ¿Os partiríais esa mísera comida con un gato? No. No deberíais hacerlo. Sería un error. No deberíais compartir vuestra comida con un gato. Porque vosotras sois criaturas elegidas por el Señor y el gato no lo es. Por lo tanto, vosotras deberíais comeros solas las galletas». Y nos lo decía con una cara muy seria. Al oírlo, yo me quedé de piedra. ¿Por qué les contarían semejante historia a unas niñas que acababan de entrar en la escuela? Me impresionó

mucho y me pregunté dónde me había metido.

Izumi y yo vivíamos en una casita que habíamos alquilado en una pequeña isla griega. Era temporada baja y, además, aquella era una isla muy poco frecuentada por los turistas, así que el alquiler era bajo. Antes de llegar a la isla, ni Izumi ni yo habíamos oído su nombre. La isla estaba tan cerca de la frontera con Turquía que los días despejados se vislumbraban en el horizonte las azules montañas del territorio turco. Los griegos bromeaban diciendo que cuando el viento soplabá con fuerza llegaba el olor a kebab. Pero teníamos Asia Menor tan a la vista que aquello ni siquiera parecía una broma. De hecho, la costa turca se encontraba más cerca que cualquier otra isla griega.

En la plaza del puerto se levantaba la estatua de un héroe de las luchas por la Independencia. El héroe, sumándose a la insurrección que se extendía en aquellos momentos por Grecia, encabezó una valiente rebelión contra el ejército turco que ocupaba la isla, pero fue apresado y condenado a morir empalado. Los turcos plantaron una afilada estaca en la plaza del puerto, desnudaron al infortunado héroe y lo clavaron en su punta. Impelida por el peso del cuerpo, la estaca fue introduciéndose por el ano hasta llegar a la boca del héroe, lentamente, por lo que éste tardó mucho en morir. La estatua estaba emplazada justo en el lugar donde, al parecer, clavaron la estaca. En la época en que la fundieron, debió de ser una majestuosa e imponente estatua de bronce, pero por entonces, a causa de la inevitable erosión causada por el aire del mar, por el polvo y los excrementos de gaviota, más el paso del tiempo, apenas podían distinguirse sus facciones. Ninguno de los habitantes de la isla prestaba la menor atención a la sucia y arruinada estatua de bronce y a ella, por su parte, parecía importarle ya muy poco lo que sería de la isla, de la patria y del mundo. Nosotros tomábamos café o cerveza en la terraza de la cafetería que estaba delante de la estatua y solíamos matar el tiempo contemplando el puerto, los barcos, las gaviotas o la cordillera turca que se extendía a lo lejos. Aquél era, literalmente, el fin de Europa. Allí soplabá el viento del fin del mundo, se alzaban las olas del fin del mundo, flotaba el aroma del fin del mundo. Te gustara o no, así era el fin de un mundo. El lugar estaba teñido por los colores del inmovilismo y era imposible escapar de ellos. A mí me daba la sensación de estar siendo absorbido, en silencio, hacia el territorio de un cuerpo extraño. Una cosa ajena que se hallaba más allá del fin, vaga, extrañamente amable. Y la huella de aquel cuerpo extraño se apreciaba en los rostros de la gente del puerto, en sus miradas y en su piel. A veces no lograba hacerme a la idea de que yo también formaba parte de aquel lugar.

Por más que recorriera con los ojos el paisaje que me rodeaba, por más que respirara su aire, no podía ligarlo orgánicamente a mí. Y yo pensaba: «¿Qué diablos estoy haciendo en un sitio como éste?».

Dos meses atrás, yo vivía con mi esposa y con mi hijo de casi cuatro años en un apartamento de tres habitaciones de Unoki. El piso no era muy grande, pero era

confortable. Constaba de nuestro dormitorio, un cuarto para el niño y una habitación que yo utilizaba como estudio. La vista era fabulosa, el lugar tranquilo. Los fines de semana íbamos los tres a pasear por las orillas del río Tone. En primavera, los cerezos florecían en sus riberas. Montaba al niño en la bicicleta y nos íbamos a ver los entrenamientos del equipo B de los Kyojin.

Yo trabajaba en una empresa de tamaño medio especializada en el diseño y la maquetación de libros y revistas. Por más que hiciera de diseñador, mi trabajo, en sí mismo, era más bien técnico y estaba desprovisto de la brillantez y creatividad que se le supone, pero a mí me gustaba mucho. No quiero decir con ello que no tuviera ninguna queja y que me divirtiera siempre. Solía tener más trabajo del que podía hacer y varias noches al mes me las pasaba trabajando sin poder dormir. Algunas de las tareas que realizaba eran aburridas. Con todo, en mi lugar de trabajo yo gozaba de una relativa paz y libertad. Llevaba mucho tiempo en la empresa y, por lo tanto, dentro de ciertos límites, podía escoger los proyectos de los que encargarme y expresar mi opinión. No tenía ni jefes odiosos ni compañeros desagradables. El sueldo no estaba mal. Por lo tanto, de no haber ocurrido nada, probablemente hubiera seguido trabajando en aquel lugar de forma indefinida. Y, al igual que el río Moldau (o, hablando con propiedad, al igual que las aguas del río Moldau del que aquéllas toman su nombre), mi vida habría ido fluyendo inexorablemente hacia el mar.

Izumi era diez años menor que yo. Nos conocimos en una reunión de trabajo. Desde el primer instante quedamos prendados el uno del otro. En esta vida pasa a veces, aunque muy pocas. Nos vimos en tres o cuatro ocasiones, siempre por cuestiones laborales. Yo fui a su empresa, ella vino a la mía. Por más que diga que nos vimos, nunca fue por mucho tiempo, tampoco estuvimos nunca a solas. Ni tocamos ningún tema personal. Pero, cuando terminó el trabajo, me embargó una profunda tristeza. Me sentí como si me hubieran arrebatado de forma injusta algo que me era imprescindible. Era un sentimiento que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Posiblemente a Izumi le ocurriera lo mismo. Una semana después, ella me llamó a la empresa por un asunto laboral sin importancia. Charlamos un rato. Yo bromeé y ella se rio. Y la invité a tomar una copa. Fuimos a un pequeño bar y charlamos mientras tomábamos algo. Casi no recuerdo de qué hablamos en aquella ocasión. Pero los temas de conversación fueron surgiendo, uno tras otro, con una facilidad asombrosa. Cualquier tema nos parecía interesante, hubiéramos podido seguir conversando hasta la eternidad. Yo entendía con una claridad meridiana lo que ella quería decirme y, aquello que yo nunca había logrado explicar bien a los demás, a ella se lo podía transmitir con una precisión pasmosa. Ambos estábamos casados, ninguno de los dos nos sentíamos especialmente insatisfechos con nuestra vida matrimonial. Ambos queríamos a nuestros cónyuges y los respetábamos. Sé por experiencia que, en la vida, sólo en contadísimas ocasiones encontramos a alguien a quien podamos transmitir nuestro estado de ánimo con exactitud, alguien con quien podamos comunicarnos a la perfección. Es casi un milagro, o una suerte inesperada, hallar a esa persona. Seguro que muchos mueren sin haberla encontrado jamás. Y, probablemente, no tenga

relación alguna con lo que se suele entender por amor. Yo diría que se trata, más bien, de un estado de entendimiento mutuo cercano a la empatía.

Luego, Izumi y yo volvimos a vernos, tomamos una copa, hablamos. Su marido solía regresar tarde a casa por cuestiones de trabajo, así que ella podía disponer de su tiempo con una relativa libertad. Cuando hablábamos, las horas se nos pasaban en un santiamén. A menudo, al mirar el reloj, nos dábamos cuenta con sobresalto de que se acercaba la hora del último tren. Siempre me costaba dejarla. Hubiese querido hablar más, y a ella le sucedía lo mismo.

Después nos acostamos. Sucedió con la mayor naturalidad del mundo, sin que ninguno de los dos lo propusiera. Tanto para ella como para mí era la primera relación sexual que manteníamos fuera del matrimonio. Pero no nos sentimos culpables por ello. Porque necesitábamos hacerlo. Desnudarla, acariciarla, abrazarla, penetrar en ella y eyacular era una parte más de nuestras conversaciones. Era tan natural que, si bien no tuvimos sentimiento de culpabilidad, tampoco nos produjo un placer carnal de aquellos que desgarran el corazón. Era un acto tranquilo, agradable y sencillo. Lo más maravilloso eran las conversaciones que manteníamos apaciblemente en la cama después de hacer el amor. Eran unos momentos inapreciables. Entre las sábanas, abrazaba su cuerpo desnudo, ella se acurrucaba entre mis brazos y, en una voz tan queda que sólo nosotros podíamos oír, hablábamos de cosas que únicamente nosotros entendíamos.

Nos veíamos siempre que teníamos ocasión. Quedábamos, tomábamos una copa, hablábamos y, si nos sobraba tiempo, nos acostábamos y, si no, nos despedíamos. Tanto nos daba una cosa como la otra. Sorprendentemente (o quizá no lo sea en absoluto), estábamos convencidos de que era posible mantener esa situación de forma indefinida. Es decir, que creíamos que nuestro matrimonio era nuestro matrimonio y que la relación entre ella y yo podía existir de una manera paralela, sin que se produjeran interferencias entre ambas circunstancias. Porque nosotros estábamos convencidos de que nuestra relación no iba a influir en nuestra vida matrimonial. Ciertamente que manteníamos relaciones sexuales, pero ¿qué daño hacíamos a los demás con ello? Ciertamente que cada noche que veía a Izumi llegaba tarde a casa y tenía que mentirle a mi mujer y eso me hacía sentir culpable. Pero, en realidad, nosotros no traicionábamos a nadie. La relación entre Izumi y yo, si se me permite la expresión, era una comunicación total en aspectos limitados de la vida.

De no haber ocurrido nada, no tengo la menor idea de qué rumbo hubiera tomado la relación entre Izumi y yo. Tal vez hubiéramos seguido llevándonos bien eternamente, hablando, tomándonos vodkas con tónica y acostándonos en algún hotel. O, tal vez, con el paso del tiempo nos hubiéramos hartado de mentirles a nuestros cónyuges, nos hubiéramos ido distanciando de manera natural y hubiéramos acabado volviendo a nuestra apacible vida familiar. Creo que, en ninguno de los dos casos, las cosas hubieran acabado mal. No tengo la certeza, pero me da esa impresión. Sin embargo,

por una estúpida casualidad (posiblemente era algo que debía suceder más tarde o más temprano), el marido de Izumi descubrió nuestra relación. Después de interrogarla con dureza se presentó en mi casa. Estaba descompuesto, fuera de sí. Y la mala suerte quiso que en casa estuviera únicamente mi mujer. La situación tomó un cariz trágico. Mi mujer me pidió explicaciones. Izumi acababa de confesarlo todo, así que no hubo manera de enmascarar los hechos. Y le conté toda la verdad.

—No tiene nada que ver con el amor —le dije—. Esa relación tiene unos límites muy estrictos. Lo que hay entre Izumi y yo es algo completamente distinto a lo que hay entre tú y yo. La prueba es que, mientras la veía a ella, tú jamás has notado nada. Y eso, ¿a qué crees que se debe? Pues a que es un tipo de relación muy distinto.

Pero mi mujer hizo oídos sordos a mis explicaciones. Recibió un duro golpe, se quedó literalmente helada. No quiso volver a hablarme. Al día siguiente cargó sus cosas en el coche, cogió al niño y se fue a casa de sus padres, a Chigasaki. La llamé varias veces, pero mi mujer se negó a hablar conmigo. Quien sí se puso al teléfono fue mi suegro. Me dijo que no quería oír excusas peregrinas y que no permitiría que su hija volviera con un individuo de mi calaña. En principio, su padre se había opuesto rotundamente a nuestro matrimonio, así que aquello no hizo más que confirmar sus peores augurios y el hombre se dedicó a meter más cizaña aún.

Desconcertado, me tomé unos días de descanso; los pasé solo en casa, tumbado sin hacer nada. Pero Izumi me llamó. También ella estaba sola. Su marido (aunque él, después de golpearla, había cogido unas tijeras y se había puesto a cortar toda la ropa de Izumi, desde los abrigos hasta la ropa interior) también se había ido de casa.

—Ni siquiera sé adónde ha ido. Pero, en mi caso, no hay nada que hacer — me dijo—. No hay manera de arreglarlo. Él ya no volverá.

Se echó a llorar. Ella y su marido habían sido novios desde que iban al instituto. Quise consolarla, pero no había consuelo posible.

—¿Y si fuéramos a tomar una copa? —me propuso Izumi.

Nos dirigimos al barrio de Shibuya y estuvimos bebiendo sin parar en un bar que no cerraba en toda la noche. Yo, vodka gimlets y ella daiquiris. Nos tomamos tantos que era imposible contarlos. Sin embargo, aquella noche apenas hablamos. Al amanecer caminamos hasta el distrito de Harajuku para quitarnos la resaca, tomamos café y desayunamos en un Royal Host. Fue entonces cuando Izumi me propuso ir a Grecia.

—¿A Grecia? —pregunté yo.

—Ya me dirás qué hacemos en Japón —respondió ella mirándome a los ojos.

Intenté reflexionar al respecto. Pero tenía el cerebro embotado por el alcohol y me costaba hilvanar las ideas.

—Yo siempre he querido ir a Grecia. Es mi sueño. Me hubiera gustado mucho ir allí de viaje de novios, pero no nos alcanzó el dinero. ¡Venga! ¡Vayámonos a Grecia! Allí podríamos vivir un tiempo, descansando sin pensar en nada. Total, en la situación en la que estamos, en Japón no haremos más que deprimirnos.

A mí no me atraía Grecia especialmente, pero estaba de acuerdo con Izumi en que no había nada que yo pudiera hacer en Japón en aquellos momentos. Contamos el dinero del que disponíamos. Ella tenía ahorrados unos dos millones y medio de yenes. Yo podía disponer libremente de un millón y medio. Cuatro millones en total.

—Con cuatro millones de yenes, en un pueblo de Grecia, podríamos vivir unos años —me dijo Izumi—. Los dos billetes de avión, si los compramos de esos de bajo coste, nos saldrán por unos cuatrocientos mil yenes. O sea, que nos quedarán tres millones seiscientos mil yenes. Si gastáramos unos cien mil al mes, pues podríamos quedarnos unos tres años. Pon dos años y medio, contando los extras. Fabuloso, ¿no? ¡Venga! ¡Vamos! Y después ya veremos lo que pasa.

Eché una mirada a mi alrededor. A primera hora de la mañana el Royal Host estaba lleno de parejas jóvenes. Posiblemente fuésemos los únicos en sobrepasar los treinta años. Pero seguro que no había otra pareja a la que hubieran pillado en flagrante adulterio y que, tras perder a su familia, estuviera planeando huir a Grecia llevándose todo el dinero consigo. «¡Uf!», pensé. Me quedé un buen rato contemplando la palma de mi mano. ¿Tenía aquel extraño asunto algo que ver conmigo?

—De acuerdo —dije—. Vámonos.

Al día siguiente presenté mi carta de dimisión. Mi jefe, por lo visto, ya intuía lo que me estaba pasando y se ofreció a concederme unas largas vacaciones. En la empresa todo el mundo se mostró muy sorprendido ante mi marcha, pero nadie se empeñó en hacerme cambiar de idea. Me asombró lo fácil que resultaban las cosas una vez intentabas llevarlas a la práctica. De hecho, si estás dispuesto, en este mundo hay muy pocas cosas que no puedas dejar. No, tal vez no haya ninguna. Y, puestos a dejar las cosas atrás, acabas queriéndolo dejar absolutamente todo. Como sucede en el juego, cuando, tras perder casi todo el dinero, acabas por apostar todo el que te queda. Porque te da pereza retirarte a medias llevándote lo poco que todavía tienes.

Metí todo lo que consideré necesario en una Samsonite de tamaño medio de color azul. Maleta en mano, tomé con Izumi un avión que seguía la ruta del sur. En volumen, su equipaje era similar al mío.

Cuando estábamos sobrevolando Egipto, me aterroricé al pensar que alguien, por

equivocación, podía llevarse mi maleta en algún aeropuerto. Samsonite azules como la mía debía de haberlas por decenas de millares en el mundo. ¿Y si, una vez llegara a mi destino y abriese la maleta, me encontrara con las pertenencias de otra persona? No era imposible. Al pensarlo, me asaltó un pánico tan grande que yo mismo me asomé. Si se perdiera la maleta, aparte de Izumi no me quedaría nada que me ligara a mi vida. Mientras le daba vueltas a eso en la cabeza, tuve la sensación de que había perdido mi esencia como ser humano. Era la primera vez en la vida que tenía una sensación tan extraña. Yo había dejado de ser yo. El que estaba allí no era mi yo auténtico, sino un sucedáneo que había tomado mi forma. Y mi conciencia, sin darse cuenta, había seguido por equivocación a aquel otro yo. Mi conciencia estaba terriblemente confusa. Se decía a sí misma que debía regresar a Japón y volver a entrar en el cuerpo al que en verdad pertenecía. Pero el avión estaba sobrevolando Egipto. Era imposible volver atrás. Sentía la carne de aquel yo provisional como si estuviera hecha de estuco. Rascándola con las uñas se podía desmenuzar, convertir en polvo. Empecé a temblar violentamente. No podía parar. Me dije que si continuaba temblando de aquella forma, acabaría haciéndome añicos, deshaciéndome. El aire acondicionado debía de funcionar bien, pero el sudor empezó a manar de todos los poros de mi piel, empapándome la camisa. Mi cuerpo exhalaba un olor nauseabundo. Mientras tanto, Izumi me agarraba la mano. De vez en cuando, me pasaba un brazo por los hombros. No dijo nada. Pero parecía saber perfectamente cómo me sentía. Duró unos treinta minutos. Hubiera deseado morir. Hubiera querido poner la boca del cañón de la pistola contra mi oreja y apretar el gatillo. Y reducir a un único montón de polvo mi conciencia y mi cuerpo. Ése era mi único deseo en aquellos momentos.

Pero, cuando dejé de temblar me sentí de repente más ligero. Relajé la tensión de los hombros, me abandoné al paso del tiempo. Y caí en un profundo sueño. Cuando abrí los ojos, ya estábamos volando sobre las azules aguas del Egeo.

El mayor problema de la vida que llevábamos en la isla era que casi no teníamos nada que hacer. No trabajábamos, no conocíamos a nadie. En la isla no había ni cine ni pistas de tenis. Tampoco disponíamos de libros. Habíamos salido tan apresuradamente de Japón que ni siquiera se nos había ocurrido traernos algunos libros. Cuando terminé de releer por segunda vez las dos novelas que había comprado en el aeropuerto y las tragedias de Esquilo que se había traído Izumi, ya no me quedó nada que leer. En el quiosco del puerto vendían algunas novelas de bolsillo, en inglés, para los turistas, pero no había ninguna que despertara mi interés. A mí me apasionaba la lectura, de modo que la falta de libros me resultaba muy difícil de soportar. Antes, en cuanto tenía un rato libre, prácticamente me sumergía en los libros. Y ahora que disponía de todo el tiempo del mundo para leer, qué ironía, no tenía ninguno a mano.

Izumi se había traído un manual de griego moderno y se dedicaba a estudiar el idioma. Siempre llevaba consigo unas fichas que había elaborado con las conjugaciones de los verbos griegos y, en cuanto tenía un instante, iba recitándolas como si fueran un conjuro. Cuando íbamos de compras, hablaba con los dueños de las tiendas usando las

cuatro palabras que había aprendido. En la cafetería, hablaba con el camarero. Gracias a ello, conocimos a algunas personas. Mientras Izumi estudiaba griego, yo intentaba desempolvar mi francés. Empecé a repasarlo creyendo que, ya que estábamos en Europa, de algo tenía que servirme, pero en aquella mísera isla no había ni una sola persona que lo hablara. En la ciudad te podías comunicar, más o menos, en inglés. Había ancianos que entendían el italiano y el alemán. Pero el francés, justamente, no tenía en absoluto ninguna utilidad.

Nos sobraba el tiempo, así que nos pasábamos el día paseando. Alguna vez intentamos pescar en el puerto, pero, por más que nos esforzamos, no logramos atrapar ningún pez. No es que no los hubiera. Es que el agua era demasiado transparente. Y los peces podían ver con toda claridad, desde el sedal, hasta la cara del pescador que sostenía la caña. En resumen, que muy estúpido tenía que ser un pez para picar el anzuelo. Yo paseaba con el álbum de dibujo y los útiles de pintura que había adquirido en la droguería, e iba dibujando los paisajes de la isla y sus habitantes. A mi lado, Izumi contemplaba mis bocetos y repasaba la gramática griega. Muchos griegos se acercaban a ver cómo dibujaba. Cuando les hacía un retrato para matar el tiempo, se ponían muy contentos. Si se lo daba, como agradecimiento nos invitaban a Izumi y a mí a una cerveza. Un pescador nos regaló en una ocasión un pulpo.

—Podrías ganarte la vida con los retratos —me dijo Izumi—. Eres muy bueno y, además, un pintor japonés es algo muy poco frecuente en estos lugares. Sería un buen negocio.

Yo me reí, pero en el rostro de Izumi se reflejaba que no estaba bromeando. Intenté imaginarme a mí mismo yendo de isla en isla haciendo retratos de la gente y recibiendo, a cambio, algunas monedas o alguna invitación a una cerveza. No me pareció una idea descabellada. Incluso me gustó. De hecho, a mí me encantaba dibujar y había estudiado Bellas Artes.

—Y yo podría hacer de coordinadora turística para japoneses. A partir de ahora, cada vez vendrán más turistas japoneses por aquí y nosotros tenemos que comer. Claro que, para trabajar en eso, primero tengo que aprender bien el griego —dijo Izumi.

—Pero podemos estarnos dos años y medio sin hacer nada, ¿verdad? —quise saber yo.

—Si no pasa nada —respondió Izumi—. Si no nos roban el dinero, o si no nos ponemos enfermos, por ejemplo. Si no ocurre nada de eso, podremos vivir dos años y medio sin problemas. Pero creo que es mejor que estemos preparados para cualquier eventualidad.

Yo no había ido nunca al médico. Así se lo dije a Izumi.

Ella permaneció unos instantes mirándome fijamente. Luego apretó los labios y los

torció un poco hacia un lado.

—Suponte —dijo—, suponte que me quedo embarazada. ¿Qué harías tú? Por más precauciones que tomemos, estas cosas pasan. Y si nos sucediera, el dinero se nos terminaría en un santiamén.

—En ese caso, podríamos volver a Japón —sugerí.

—Parece que no lo entiendas. Tú y yo no vamos a regresar nunca a Japón — me dijo Izumi en voz baja.

Izumi continuó estudiando griego y yo seguí con mis dibujos. Posiblemente, aquella fuese la época más apacible de mi vida. Tomábamos una comida frugal, bebíamos vino barato como si fuera la gran cosa. Cada día subíamos a una montaña que había por allí cerca. En la cima había un pequeño pueblo desde donde se divisaban las islas cercanas. Si aguzabas la vista, podías ver, incluso, el puerto turco. Gracias al aire puro y al ejercicio, nos encontrábamos en plena forma física. Al anochecer no se oía ningún ruido en los alrededores. Inmersos en el silencio, Izumi y yo nos abrazábamos en secreto. Y hablábamos en voz baja de muchas cosas. Ya no teníamos que preocuparnos por el último tren ni teníamos que mentir a nuestros cónyuges. Era maravilloso. Y así fue avanzando el otoño y pronto llegó el invierno. Cada vez eran más los días de fuerte viento, el mar empezó a encrespase.

Fue en esa época cuando leímos el artículo que hablaba de los gatos antropófagos. Pero nosotros el periódico lo comprábamos para enterarnos del cambio de divisas. El yen continuaba cotizándose más y más frente al dracma. Eso era de vital importancia para nosotros ya que, cuanto más subía el yen, más aumentaba el valor de nuestros ahorros.

—Hablando de gatos —dije yo unos cuantos días después de que apareciera el artículo de los gatos antropófagos en el periódico—. El gato que yo tenía de pequeño desapareció de una forma muy extraña.

Izumi mostró interés por la historia. Alzó los ojos del cuadro de conjugaciones de los verbos y me miró.

—¿Y cómo fue?

—Sucedió cuando yo estaba en segundo o en tercero de primaria. Entonces vivíamos en una casa de la empresa que tenía un jardín muy grande. En el jardín había un pino muy viejo. Era tan alto que, al alzar la vista, no alcanzabas a ver las ramas más altas. Un día, yo estaba sentado en el porche leyendo un libro mientras el gatito a rayas negras, blancas y marrones que teníamos en casa jugaba solo en el jardín. Saltaba y brincaba solo, como hacen a veces los gatos. Estaba tan excitado que ni siquiera se

daba cuenta de que yo lo miraba. Dejé de leer y me lo quedé observando. El gato continuó haciendo lo mismo un buen rato. El tiempo pasaba, pero él no se detenía, era como si estuviera poseído. Brincaba, se enfurecía, retrocedía de un salto. Mirándolo, me fui asustando. Era como si le excitara algo que ni sus ojos ni los míos podían ver. De pronto, el gato empezó a correr alrededor del pino con un vigor inusitado, parecía el tigre de Little Black Sambo. Y, tras pasarse un rato dando vueltas, empezó a trepar por el tronco del pino hasta la copa. Al levantar la mirada distinguí la cara del gato en lo alto del árbol. El gato aún parecía terriblemente alterado. Se había escondido tras una rama, con la vista clavada en algo. Lo llamé. Pero no pareció oírme.

—¿Cómo se llamaba el gato? —preguntó Izumi.

No logré recordar su nombre. Le respondí que lo había olvidado.

—Mientras tanto, había ido oscureciendo —le conté—. Yo estaba terriblemente preocupado por el gato y me quedé esperando a que bajara del árbol. Pero el gato no bajó. Pronto cayó la noche. Ésa fue la última vez que lo vi.

—Lo que cuentas no es nada raro —dijo Izumi—. Los gatos suelen desaparecer de este modo. Especialmente cuando están en celo. Se excitan tanto que se pierden en el camino de vuelta. Seguro que, cuando tú no lo veías, bajó del árbol y se fue a alguna parte.

—Es posible —dije—. Pero yo, entonces, todavía era un niño y creí que el gato se había quedado a vivir en lo alto del árbol. Que algo le impedía bajar. Así que todos los días, en cuanto podía, me sentaba en el porche y miraba las ramas del pino. Esperando ver entre ellas la cara del gato.

A Izumi no pareció interesarle mucho esa historia. Encendió un segundo Salem con expresión aburrida. Luego, de pronto, alzó la cabeza y me miró.

—¿Piensas mucho en tu hijo? —me preguntó.

No supe qué responderle.

—A veces —respondí con franqueza—. Pero no mucho. Cuando algo me lo recuerda.

—¿Te gustaría verlo?

—A veces —respondí. Pero era mentira. Sólo que intentaba pensar que tenía ganas de verlo porque creía que eso era lo correcto. Cuando vivíamos juntos, lo encontraba una preciosidad. Los días que llegaba tarde a casa, lo primero que hacía era dirigirme a su habitación y mirarle la carita. A veces me entraban ganas de estrecharlo contra mi pecho con tanta fuerza que le hubiera roto los huesos. Pero, al separarme de él,

empezó a costarme recordarlo bien. La expresión de su rostro, su voz, sus gestos, todo ello parecía pertenecer a un mundo muy lejano. Sólo recordaba con claridad el olor de su jabón. Yo solía bañar a mi hijo. El niño tenía la piel muy delicada y mi mujer le había comprado un jabón especial. Y ahora lo único que recuerdo bien de mi hijo es el olor de ese jabón.

—Oye, si te apetece volver a Japón, puedes irte —dijo Izumi—. Por mí no tienes que preocuparte. Podría apañármelas aquí sola.

Asentí. Pero lo tenía muy claro. Yo no volvería jamás a Japón dejándola a ella atrás.

—Cuando tu hijo crezca, seguro que te recordará de una manera parecida — dijo Izumi—. Como tú al gato que un día trepó a lo alto de un pino y desapareció para siempre.

Me reí.

—Pues sí. Se parece —admití.

Izumi apagó el cigarrillo aplastándolo en el cenicero. Lanzó un suspiro.

—¿Por qué no volvemos a casa y hacemos el amor? —propuso ella.

— Todavía es por la mañana —dije yo.

—¿Les pasa algo a las mañanas?

—Nada en especial —dije.

A medianoche, cuando me desperté, Izumi había desaparecido. Miré el reloj que había a la cabecera de la cama. Las agujas del reloj señalaban las doce y media. A tientas, encendí la lámpara de la mesita y eché una mirada a mi alrededor. Un silencio profundo reinaba en la habitación. Parecía que hubiera venido alguien mientras yo dormía Y hubiera esparcido polvo de silencio a manos llenas. En el cenicero quedaban dos colillas de Salem aplastadas hasta reventar. Al lado, la cajetilla de tabaco vacía, estrujada y hecha una bola. Salté de la cama y me dirigí a la sala de estar. Izumi no estaba allí. Tampoco estaba en la cocina ni en el cuarto de baño. Abrí la puerta y miré hacia el jardín delantero. Pero allí sólo había dos sillones blancos de plástico bañados por la luz de la luna. Era una preciosa luna llena. «Izumi», la llamé en voz baja. No hubo respuesta. Volví a llamarla, pero esa vez en voz alta: «¡Izumi!». Chillé tan alto que el corazón comenzó a latirme con fuerza. No parecía mi voz. Era demasiado fuerte y no sonaba natural. Siguió sin haber respuesta, como era de esperar. Las espigas de susuki se mecían al soplo de la suave brisa que llegaba del mar. Cerré la puerta, volví a la cocina y me serví media copa de vino para tranquilizarme. La clara luz de la luna

penetraba por las ventanas de la cocina creando extrañas sombras en las paredes y en el suelo. Parecía la simbólica escenografía de una obra de teatro de vanguardia. Entonces lo recordé de repente. Me acordé de que también la noche en que desapareció el gato era una noche de luna llena, sin una sola nube en el cielo, igual que ésa. Y que yo, aquella noche, después de la cena, me había sentado en el porche solo y me había quedado contemplando, inmóvil, la copa del pino. Conforme avanzaba la noche, la luz de la luna había ido cobrando una luminosidad intensa, casi inquietante. No sé por qué, pero me era imposible apartar los ojos de las ramas del pino. De vez en cuando me parecía ver cómo relucían, bañados por la luz de la luna, los brillantes ojos del gato. Pero quizá fuera una ilusión. La luz de la luna, a veces, te muestra cosas que no deberías ver.

Me puse un jersey grueso y unos pantalones tejanos. Me embuté en el bolsillo la calderilla que había sobre la mesa y salí afuera. Seguro que Izumi no podía dormir y había salido a dar un paseo sola. En los alrededores reinaba una paz absoluta, no se apreciaba el menor movimiento. Justo entonces había amainado el viento. Sólo se oía el crujido de las suelas de goma de mis zapatillas de tenis sobre las pequeñas piedras. Crujían de forma tan exagerada que parecía la música de fondo de una película. Se me ocurrió que Izumi podría haberse dirigido al puerto. De hecho, era el único sitio al que podía ir. Sólo había un camino que llevara al puerto, o sea, que no cabía la posibilidad de que nos cruzáramos sin vernos. A la que te apartabas de aquel sendero, enseguida te adentrabas en la montaña. Las luces de las casas que lo bordeaban estaban todas apagadas y la claridad de la luna teñía de plata la superficie de la tierra. «Parece un paisaje submarino», pensé. Tras recorrer la mitad del camino que conducía al puerto me dio la sensación de que una música sonaba débilmente dentro de mis oídos. Me detuve. Al principio creía que era una alucinación auditiva. Algo parecido al silbido causado por el cambio de presión atmosférica. Pero, al escuchar con atención, comprendí que aquel sonido poseía una melodía. Contuve la respiración y me concentré en mis oídos. Como si sumergiera el corazón en la oscuridad del interior de mi cuerpo. Alguien estaba tocando música en aquellos momentos. Una música en vivo, sin amplificadores ni altavoces. Una música que hacía vibrar el transparente aire de la noche hasta llegar a mis oídos. ¿De qué instrumento se trataba? Sí, era un buzuki, aquel instrumento parecido a una mandolina que Anthony Quinn tocaba en Zorba el griego. Pero ¿quién diablos lo tocaría ahora en plena noche? ¿Y dónde?

La música parecía venir de la montaña. De la pequeña aldea enclavada en la cima a la que nosotros solíamos ir para estirar las piernas. Me quedé unos instantes plantado en la encrucijada, sin saber qué hacer. Sin saber qué dirección tomar. Pensé que también Izumi debía de haber oído aquella música en aquel lugar, igual que yo. Y me dio la impresión de que, si la había oído, se habría encaminado hacia allí, de eso no me cabía la menor duda. Porque, al claro de luna, todo estaba tan brillantemente iluminado como si fuera pleno día y aquella música poseía una resonancia que aceleraba el corazón de las personas.

Tomé con resolución el desvío de la derecha y avancé por la suave cuesta que tan bien conocía. No había árboles, sólo unos matorrales que me llegaban hasta la rodilla y que crecían furtivamente entre las rocas, llenos de secas espinas. Conforme iba avanzando, la música sonaba cada vez más alta y clara. También se distinguía mejor la melodía. La música poseía un esplendor festivo. Imaginé que debía de celebrarse algún banquete en el pueblo. Y de repente me acordé. «¡Pues, claro! La boda.» Aquel día habíamos visto un bullicioso cortejo nupcial cerca del puerto. Posiblemente, el banquete había proseguido hasta la madrugada.

Y, de súbito, me perdí a mí mismo de vista.

Quizá se debiera a la luz de la luna. O quizá fuera la música nocturna. A cada paso que daba me iba adentrando más en el desierto de la profunda pérdida del yo, la misma sensación que había experimentado mientras volábamos por el cielo de Egipto. El yo que avanzaba bajo la luz de la luna no era yo. No era mi auténtico yo, sino un yo provisional hecho de estuco. Me pasé la palma de la mano por la cara. Pero no era mi cara. Aquella mano no era mi mano. El corazón me latía con fuerza. Enviaba sangre a cada rincón de mi cuerpo a una velocidad demencial. Mi cuerpo era una figurilla de tierra a la que alguien había insuflado vida de modo provisional mediante un hechizo, tal como hacen los brujos de las islas de la India Occidental. Allí no ardía la llama de la vida. Lo único que había era el movimiento ficticio de unos músculos provisionales. Lo único que había, en definitiva, era una figurilla de tierra provisional que iba a ser destinada al sacrificio.

«¿Y dónde está mi auténtico yo?», pensé. «Tu yo real ha sido devorado por los gatos», me susurró la voz de Izumi desde alguna parte. «Aunque tú estés aquí, tu verdadero yo ha sido devorado por los gatos hambrientos. De ti no ha quedado nada más que los huesos.» Eché una mirada a mi alrededor. Pero era una alucinación auditiva, por supuesto. En torno a mí, lo único que se veía eran unos matojos de poca altura que crecían en el suelo rocoso, y la pequeña sombra que proyectaban. Era una voz que mi mente había creado a su capricho. Volví a pensar en una gran pistola. Recordé la frialdad del cañón. Imaginé cómo me lo introducía en la boca y apretaba el gatillo. Imaginé cómo explotaba mi cerebro, mis huesos, mis globos oculares. Imaginé la negra paz que me visitaría un instante después.

«¡Basta de pensamientos deprimentes!», me dije a mí mismo. «Te sumergirás en el mar como si quisieras evitar una ola gigantesca y permanecerás agarrado a una roca, conteniendo el aliento. De ese modo la ola pasará de largo. Estás cansado y tienes los nervios alteradísimos. Eso es todo. Atrapa la realidad. Cualquier cosa sirve, pero tienes que asirte a algo real.» Me metí la mano en el bolsillo y agarré un puñado de calderilla. Las monedas quedaron al instante húmedas de sudor.

Me esforcé en pensar en otra cosa. Pensé en mi casa soleada de Unoki. Pensé en la colección de discos que había dejado allí. Yo tenía una colección bastante buena de

jazz. Me había especializado en pianistas blancos de la década de los cincuenta y principios de los sesenta. Había ido reuniendo pacientemente álbumes de pianistas, desde Lennie Tristano a Al Haig o bien Claude Williamson, Lou Levy, Russ Freeman, André Previn. La mayoría de los discos ya estaban descatalogados y había empleado mucho tiempo y dinero en reunirlos. Había aumentado poco a poco la colección a base de ir recorriendo con la diligencia de una hormiga tiendas de discos, y de ir intercambiando objetos con otros coleccionistas. La mayoría de las piezas que había dejado no eran de primera categoría, ni mucho menos. Pero yo amaba aquel aire íntimo tan especial que se desprendía de aquellos viejos y mohosos discos. Mi humilde justificación era que si el mundo se compusiera únicamente de cosas de primera calidad, seguro que sería muy insípido. Me acordaba al detalle del diseño de las fundas de cada uno de esos discos. También podía recordar con precisión el peso y el tacto de aquellos discos de vinilo sobre mi mano.

Pero todo eso ha desaparecido ahora. En realidad, fui yo quien lo borró con mis propias manos. Y es probable que no vuelva a escuchar jamás esos discos.

Luego recordé el olor a tabaco de cuando besaba a Izumi. Me acordé del tacto de sus labios y de su lengua. Cerré los ojos. Deseé que estuviera a mi lado. Deseé que me sujetara la mano todo el tiempo, como en el avión cuando sobrevolábamos Egipto.

Cuando aquella gigantesca ola pasó finalmente por encima de mi cabeza, la música ya había cesado. A la que me di cuenta, ya había desaparecido. Ahora oprimía los alrededores un silencio tan profundo que me hería los tímpanos. La luz de la luna llena bañaba inexpresivamente todo cuanto me rodeaba. Estaba de pie, solo, en lo alto de la colina. Desde allí se veía el mar, el puerto, la ciudad con las luces apagadas, la luna. En el cielo seguía sin haber una sola nube. Nada había cambiado en el paisaje. Sólo que había dejado de oírse la música.

¿Habían dejado de tocar de repente? Quizá. Ya casi era la una de la madrugada. O a lo mejor esa música no había existido jamás. Eso tampoco era, en absoluto, descartable. En aquellos momentos, no confiaba mucho en mis oídos. Cerré los ojos y sumergí una vez más mi conciencia en el interior de mi cuerpo. Dentro de las tinieblas suspendí con suavidad un fino sedal que sujetaba una plomada. Pero, tal como suponía, no se oyó nada. Ni siquiera el eco que dejaba atrás. Lo único que había era un silencio tan profundo que nada podía romperlo.

Eché una mirada a mi reloj de pulsera. Pero en mi muñeca no había ningún reloj. Lancé un suspiro y me embutí las manos en los bolsillos. No es que quisiera saber la hora en realidad. Alcé la vista al cielo. La luna era un globo helado de piedra, cuya piel estaba erosionada por la crueldad de los años. Las sombras que se producían en su superficie parecían focos de infección del cáncer extendiendo sus aciagos tentáculos hacia el fondo de la conciencia. Y sembraban por la superficie, como si de un hombre sonámbulo se tratara, partículas de venganza. La luz de la luna distorsiona los sonidos,

confunde la mente de los hombres. «Y hace desaparecer a los gatos. Quizás, a partir de aquella noche, todo estuviera minuciosamente planeado», pensé.

Era incapaz de decidir si seguir hacia delante o si volver por donde había venido. Cansado de pensar, me senté. ¿Dónde se habría metido Izumi? Su ausencia me afectaba de forma terrible. Si ella no volvía a aparecer jamás, ¿cómo diablos viviría yo en el futuro, solo en aquella isla absurda? Lo que allí había no era más que mi yo provisional. Era Izumi quien, mal que bien, me conservaba en aquella vida provisional. Si ella desaparecía definitivamente, mi conciencia ya no tendría un cuerpo al que regresar.

Pensé en los gatos hambrientos. Imaginé cómo se comían el cerebro de mi verdadero yo, cómo roían su corazón, sorbían su sangre, devoraban su pene. Pude oír cómo, en un lugar remoto, sorbían mis sesos. Tres ágiles gatos rodeaban mi cabeza y sorbían esa sopa espesa. La rasposa punta de su lengua lamía las blandas paredes de mi conciencia. Y a cada lametón, mi conciencia temblaba como la calina e iba flaqueando.

Izumi no estaba en ninguna parte. La música tampoco se oía. Ya debían de haber dejado de tocar.